

PRESENTACIÓN

Júlia Benavent
Universitat de València

Los lenguajes cifrados del siglo XVI se crearon para ser usados en la correspondencia política de los Estados europeos. Llegaron a alcanzar un nivel de sofisticación tal que generaron una disciplina creativa y respetada por los monarcas, los diplomáticos europeos y los humanistas, pero cuyo uso se extendió también a las actividades más populares para comunicar mensajes más íntimos, de ámbito personal. Aunque en este monográfico no se aborda, vienen fácilmente a nuestra memoria los pasajes de las obras teatrales que giran en torno a una carta secreta cifrada entre dos amantes o dos conspiradores.

La necesidad del uso de estos lenguajes artificiales creó la figura poco conocida del secretario de cifra, que se ocupaba de trasladar la carta completa o los fragmentos de ella que había que proteger de lectores no deseados. Estos textos, a su vez, serían descifrados por el secretario de cifra del personaje receptor con quienes este lenguaje secreto se compartía. No conocemos quiénes fueron los creadores de estos lenguajes, aunque suenan nombres como Ayala o Girolamo Ruscelli, de quienes no se conoce documentación alguna que lo acredite. Ciertamente, el mejor secreto era el nombre de los creadores de las cifras. Y la mayor preocupación era que la carta fuera interceptada y que otros secretarios de cifra de reinos enemigos fueran capaces de descifrarla y recomponerla, secretamente, para mayor satisfacción y efecto de los documentos enemigos que fueran conociéndose mediante la interceptación. Este temor obligaba a construir lenguajes cifrados no fáciles de romper, término que designa la acción de iniciar el descifrado o claro, y a usar técnicas que lo dificultaran, como escribir sin espacios en blanco. También se podían introducir elementos carentes de significado, llamados nulos, que ocupaban líneas enteras sin significado. Los signos podían ser alfabéticos, numéricos o mixtos. Pero solían usarse signos de otras lenguas, como el griego, de origen cabalístico, de la tabla periódica o de procedencia esotérica, llamados signos esteganográficos. Si se veían obligados a cambiar con rapidez un cifrario por otro, podían simplemente asignar un significante distinto a un significado; todo se aceptaba con tal de no facilitar el descifrado no deseado. Como dijo un autor de un sistema de cifra, llamado Fedele Piccolomini, se había de “despreciar la gramática”. Los métodos que se usaban eran por transposición o por sustitución. Se creaban también conceptos, como “pollo” para designar al papa.

Estos lenguajes también se usaron para otros menesteres en situaciones no secretas, como el lenguaje de signos, tan útil en diversas actividades. Los sistemas de cifra tenían la vigencia que permitía la interceptación. Los correos eran asaltados para robar las cartas. La instrucción para los correos era que, cuando ocurría, debían comunicarlo inmediatamente para que todos los usuarios abandonaran esa cifra y esperaran la llegada de otra nueva, que emitía el monarca.

Las bibliotecas están llenas de documentos cifrados, que suelen ir acompañados de sus claros o descifrados. Pero no siempre es así, pues son muchos los que están completamente encriptados y siguen protegiendo la información de hace cinco siglos o más.

Los 12 artículos que reúne este monográfico comprenden muchos de los aspectos que he señalado. Oana Sambrian, de la Academia Rumana de Craiova, da una buena visión sobre el secreto en la sociedad del siglo XVI, desde Venecia, uno de los lugares más emblemáticos del momento, que acogía en sus calles y puertos el mayor número de espías de Oriente y Occidente. Ofrece al lector el panorama adecuado para introducirse en este mundo especial, mal conocido por filólogos e historiadores.

El análisis que presentan suele ir acompañado de la descripción de la cifra de los documentos examinados, que oscilan, desde los años 1537 y 1538 en Florencia, como podemos leer en el artículo de María José Bertomeu, de la Universitat de València, a los de 1543, desde Roma, que presenta el artículo de Sara Cascella, de la misma universidad. De Miriam Bucuré, de la Universitat de València, es el estudio de la cifra que se usaba en el Virreinato de Nápoles y de Francisco Reales, de la de Sevilla, analiza la cifra de María de Hungría de 1546, una cifra para uso de la lengua francesa. Wanruo Luo, doctora por la Universitat de València, ofrece los cifrarios que usó Juana de Austria, mientras era regente en España, con su padre Carlos V y su hermano Felipe II, rey de Inglaterra y de Nápoles, entre los años 1554 y 1559. Eva Pich, profesora de la Universidad de Sevilla, analiza la cifra que sirvió para comunicarse al duque de Saboya con Simon Renard en 1556, en ámbito francés. Júlia Benavent, de la Universitat de València, presenta una investigación sobre los lenguajes cifrados que usó Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos entre 1559 y 1566, cuando empezaron a gestarse los terribles hechos que condujeron a la Guerra de los Ochenta Años. Las cifras de Margarita de Parma se usaban indistintamente en español e italiano. Nicola Florio estudia la última cifra que la gobernadora usó, antes de que el duque de Alba la sustituyera en sus funciones. La profesora Clarissa Leone, de la Universidad de Salamanca, nos presenta la cifra que se usó en el Cónclave que eligió al papa Pio V. Como vemos el uso no era exclusivamente político, sino también de los eclesiásticos del Vaticano.

María Muñoz, de la Universidad Miguel Hernández, presenta la edición de un manuscrito del siglo XVI sobre las reglas para descifrar un documento cuyo cifrario se desconozca. El método se basa en un cálculo sobre las frecuencias de las letras de la lengua de partida del texto cifrado. La edición de este documento que propone el método la animó a probar con textos y aplicar las recomendaciones del autor anónimo. El artículo ofrece los resultados.

Estos artículos abren una investigación nueva sobre los lenguajes secretos, su construcción artificial, su uso y su pervivencia hasta bien entrado el siglo XX. Del siglo XVIII es el artículo de la profesora Silvia Pacheco, que basó su investigación sobre la cifra y la contracifra en la correspondencia del marqués Giovanni Fogliano Sforza d'Aragona en 1747.

En la Segunda Guerra Mundial estos sistemas empezaron a ser sustituidos por encriptados mecánicos, como la máquina Enigma, y son cada vez más dependientes de los algoritmos y de la tecnología.

La naturaleza de esta investigación de criptografía y criptología históricas no se ha desarrollado por completo, por lo que puede ofrecer nuevas vías de estudio a los investigadores y una herramienta para leer los documentos cuyo contenido aún permanece oculto.

